

Año V. Barcelona 12 de Junio de 1891. Núm. 22.



**LA Semana Comica**

DIRECTOR: J. FERNANDEZ DE LA REGUERA.

PERIÓDICO LITERARIO,  
ILUSTRADO.

ADMINISTRACION:  
Plaza de la Universidad, 5

NUESTRAS ACTRICES, POR ESCALER

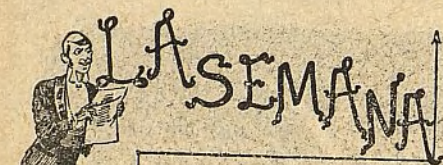
Lit. Miralles. Union, 17.



MARIA GUERRERO

Ayuntamiento de Madrid





El perro, símbolo de la fidelidad, leal compañero del hombre, guía de muchos ciegos y consuelo de no pocas solteronas, cambia de naturaleza en esta época del año y se convierte en un animal temible y feroz.

Horroriza pensar en las consecuencias de la hidrofobia, una de nuestras primeras enfermedades de secano.

Por eso los tenientes de alcalde, regidores, síndicos y demás gente de Ayuntamiento, dan tregua á sus tareas administrativas, para dedicarse con vida y alma á las pantorrillas de sus administrados; dejan que la Comisión de presupuestos busque la manera de aportar perros y más perros de cobre á las arcas municipales, y ellos retiran de la circulación perros y más perros de carne y hueso.

La cadena y el bozal como medios de prevención, la estrignina y la asfixia como medios represivos, se ponen en juego por los agentes municipales contra la raza canina, raza desgraciada que no tiene siquiera el derecho de asilo en lugar sagrado, porque de antiguo existen en basílicas y catedrales esos venerables y silenciosos *azota-perros* que son casi, casi una institución.

De aquellos medios, la estrignina está mandada recoger ó «llamada á desaparecer»—si han tomado Vds. cariño á la frasecita—porque las famosas morcillas están al alcance de cualquier chiquillo goloso.

Y el bozal no está menos desacreditado, porque—como me decía un chico que va para veterinario y se quedará en mero cliente—la hidrofobia no sólo se trasmite por la boca, sino por todo el cuerpo, y el *virus rábico* más bien debe de existir en el rabo que en los dientes del animal.

Lo cierto es que nadie está libre de hacer un viaje á París ó de venir á Barcelona por cuenta del Estado, de la provincia ó del municipio.

Con el tiempo, cada Diputación tendrá en casa del Sr. Pasteur, ó cerca del Dr. Ferran, un par de rabiosos pensionados, como ahora mantiene en Roma pintores, también con pensión.

Y así como estos envían de tarde en tarde á las Corporaciones protectoras, algún lienzo que demuestre los adelantos del pensionado, fáciles que se exijan al hidrófobo pruebas concluyentes de que está en vías de curación.

Y veremos cartas como ésta, dirigida por el enfermo al presidente de la Comisión provincial:

«En prueba de mi buen estado de salud, remito á Vd. adjuntos el recibo del casero y la fe de vida de éste. Hace un año, cuando yo rabíaba, me hubiera sido imposible enviar juntos esos documentos, porque si enviaba la «fe

de vida» del casero era prueba de que no había pagado la casa, y si enviaba el recibo de inclinatio ¿cómo enviar con él la «fe de vida» del casero?»

Dichas plazas de pensionado se proveerán mediante oposición, cuyo primer ejercicio será teórico, según es de rigor en estos casos.

El opositor que se manifieste respetuoso con el tribunal, amable con los jueces, sereno ante las interrupciones de la presidencia, será excluido de la propuesta, porque en unas oposiciones á *rabioso*, tan sólo puede llevarse el premio quien descalabre á dos ó tres individuos del tribunal, eche á rodar la mesa y atraiga la atención de los vecinos y de la Guardia civil.

El opositor tendrá á su derecha, en los ejercicios hablados, un vaso de agua con azucarillo, pero si hace consumo de ella ¡pajarita del rey! se queda sin plaza, porque un hidrófobo tiene que aborrecer el agua forzosamente.

El ejercicio práctico consistirá en hacer añicos con los dientes trozos de pedernal, rosquillas de feria y otros objetos duros.

—A ver, señor opositor: usted ¿qué ha hecho?—preguntará el tribunal.

—Yo he machacado una plancha de blindaje.

—¿Y usted?

—Yo he partido una bala de fusil, como si fuera una avellana.

—¿Y usted?

—Yo he mordido mucho más que mis compañeros.

—Lo dulo mucho, porque se ha escapado usted de la sala de ejercicios.

—Es que he bajado á la portería á hablar mal de todos Vds. Si he mordido ó no he mordido, en la portería darán razón.

\*\*\*

Todavía huelgan los albañiles de Barcelona. Está, pues, de enhorabuena la burguesía.

Aquella «piqueta demoledora» con que amenazaba el anarquismo, permanece ociosa, ya que los albañiles, únicos aptos para manejarla, se encuentran por ahora cruzados de brazos.

Hay quien dice que no están ociosos; lo único que han hecho es cambiar de sistema de construcción, dejando de levantar casas en terreno firme para hacer castillos en el aire.

De temer es que persistan en su actitud y que no escuchen súplicas ni amenazas.

Los que han construido tantos muros y paredes ¿no podrán ser tan sordos como un tabique?

Antes siguieron el movimiento común y ocultaron sus intenciones como se ocultan los materiales de construcción bajo el lavado de yeso y tras el enjalbegado de la fachada.

Ahora se presentan francamente, como las fachadas á la moderna: ladrillo «á cara vista», y nada más.

Unos afirman que el dinero para resistir se recibe de fuera.

Otros aseguran que sale de adentro, porque los interesados en sostener la huelga albañile-



ra son los propietarios á quienes no convienen las obras de reforma de Barcelona.

Allá se las hayan.

Ya acabará de un modo ó de otro esta cues-

tion, que puede llevar por título el de la célebre partida de las cuentas del Gran Capitán: Entre picos, palas y azadones.

LUIS ROYO VILLANOVA.

## LAS HORMIGAS

Siempre admiré con desvelo los trabajos sorprendentes de esos *átomos vivientes* que se arrastran por el suelo.

*Pequeños* trabajadores, enseñan con sus afanes á los *grandes* holgazanes que nos juzgamos mejores.

Secreto impulso me obliga; y si al paso las hallé, con cuidado puse el pié por no matar una hormiga.

De su bondad fui testigo; más de una vez observando ví á dos hormigas tirando de un solo grano de trigo.

Uniendo esfuerzo y afán, del bien común sólo tratan, mientras los hombres se matan por un pedazo de pan.

A la intemperie, sin pena duerme el vago pordiosero, y ellas de un triste agujero forman palacios de arena.

Con esfuerzo soberano, los saben distribuir

en *salas* para dormir y *cámaras* para el grano.

Si entre negros nubarrones cae copioso aguacero que inunda casa y granero y moja sus provisiones, cuando el sol abrasador brilla, su luz aprovecha y pone al sol su cosecha para secarla mejor.

Su trabajo no es eterno, pero es rudo y es tirano; trabaja todo un verano para comer un invierno.

Con instinto superior contra el hambre se previenen; está probado que tienen *su política interior*.

Con juicios republicanos, cuando ocasión se presenta eligen su presidenta para administrar los granos,

Y aseguran los Buffones que aunque debajo de tierra la administración se encierra, hay muy pocas *filtraciones*.

Nunca la ambición relaja su exquisita propiedad.

¡Tienen la moralidad sublime del que trabaja!

De ellas deben aprender los hombres, mal que les pese. ¡Qué lástima que no hubiese *hormigas* en el poder!

Tendríamos verdaderos beneficios; es sabido: menos lucha de partido y más trigo en los graneros.

Gobiernan tribus enteras sin ambición ni perfidia; por eso me dan envidia las *diminutas obreras*.

Natural es que me asombre ante prudencia tan sana. ¡La hormiga piensa en mañana, en lo cual no piensa el hombre!

Para alto ejemplo nació; por eso al ver á una hormiga, exclamo: ¡Dios te bendiga, porque vales más que yo!

JOSÉ JACKSON VEYAN

## EL MIRLO CENSOR

(APÓLOGO.)

O los sublimes primores mostrad de vuestro talento, ó punto en boca, censores. ¡Obras, obras son amores; todo lo demás es cuento!

J. M. VILLEGAS.

Cuentan que en cierta ocasión y hasta cotorras y loros.

Júpiter quiso escuchar un concierto, por pasar, un rato de distracción; y no teniendo que hacer, así que lo hubo pensado, mandó á las aves recado de que le fueran á ver.

Fueron llegando lijeros los pájaros más cantores: calandrias y ruiseñores y canarios y gilgueros. Se formaron grandes coros de vencejos y pardales, verderones, pavos reales,

Júpiter dá la señal para empezar la función. Cantó un jóven verderón y fué aplaudido al final; pero un mirlo, que posado en una ramita estaba, cuando acabó el que cantaba exclamó:—¡Muy mal cantado!

Esto causó indignación entre la pajarería, pues ninguno le pedía que emitiera su opinión. Después que cantó un pardal, el mirlo congeril eza

meneaba la cabeza, como diciendo: ¡Muy mal!

Luego un canario cantó, y un ruiseñor fué después, y un gilguero: de lostres ninguno al mirlo gustó. Siguió el concierto, entretanto, el mirlo siempre diciendo: —¡Lo que me estoy aburriendo! ¡Aquí no entienden de canto!

—¡Cuánto sabe! ¡habrá que oirlo! Y todos alborotaban y entusiasmados gritaban:

—¡El mirlo!

—¡Que cante el mirlo! —¡Pronto, todos á callar!



GALERÍA ARTÍSTICA, POR RENAU.



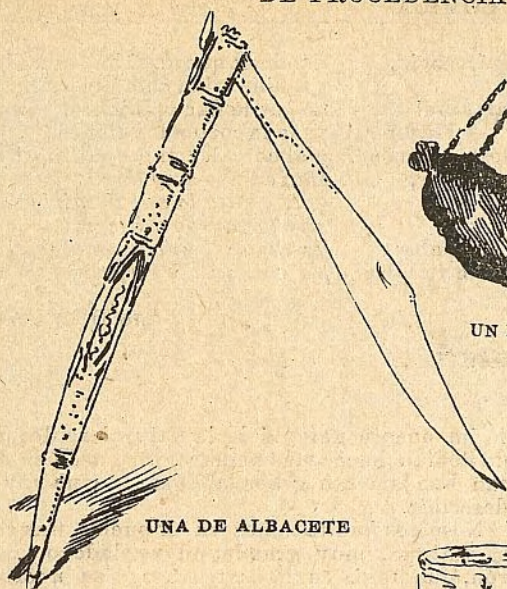
¿QUIEN ES EL RIQUÍN DE LA CASA?

(Cuadro de E. Pacciolo)

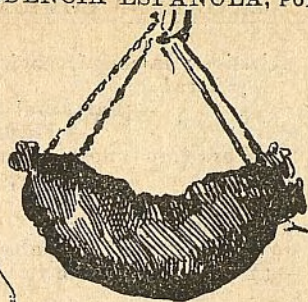
Ayuntamiento de Madrid



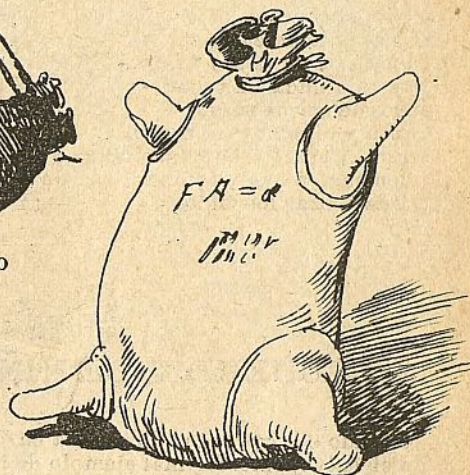
DE PROCEDENCIA ESPAÑOLA, POR MECACHIS.



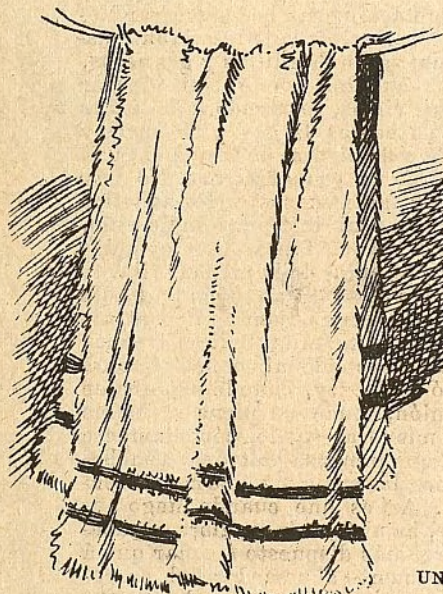
UNA DE ALBACETE



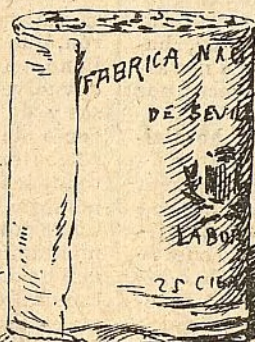
UN EXTREMEÑO



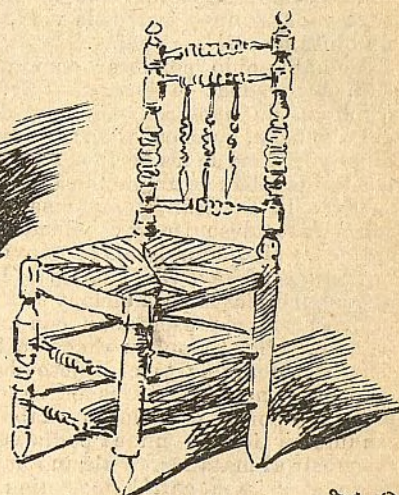
UNO DE VALDEPEÑAS



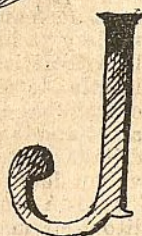
UNA DE PALENCIA



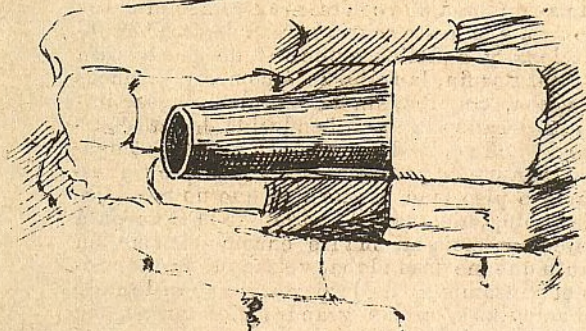
UNA SEVILLANA



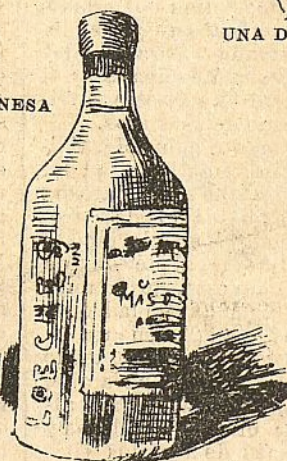
UNA DE VITORIA



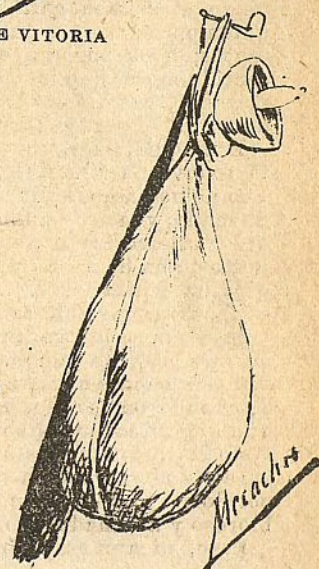
UNA MUY ARAGONESA



UNA DE TRUBIA



UNA DE LOECHES



LO MEJOR DEL PRIORATO



dijo Júpiter.—A ver,  
mirlo, si quieres hacer  
el obsequio de cantar;  
pues tú que criticas tanto,  
serás sin duda un tenor  
de los de marca mayor.  
Canta y oigamos tu canto.  
Fué el mirlo á la presidencia  
y comenzó á dar silbidos  
y á destrozar los oídos

del Dios y la concurrencia.

—¡Fuera!

—¡Farsante!

—¡Muy mal!

—¿Y era este nuestro censor?

—¡Que se calle por favor,

ó que se vaya al corral!

Y Júpiter indignado

de este modo le increpaba:

—¿Y eras tú el que criticaba

á todo el que aquí ha cantado?

Quien trina como tú trinas  
no puede dar opiniones.

¡Que le corten los alones,  
y al corral, con las gallinas!

*Hay crítico singular,*  
*que le pasa lo que al mirlo;*

*mucho, mucho criticar,*  
*y cuando él sale á cantar*

*¡ni Dios puede resistirlo!*

EMILIO DEL VAL.

## RECUERDOS DE NIÑO

Cuando era yo niño, dominaba en mi pueblo el salvajismo. El mal ejemplo de las guerras y trastornos que se sucedieron casi sin interrupción desde el año 8 hasta el 45, había acostumbrado á mis compatriotas á matarse, á robarse unos á otros la vida, á veces por un quitame allá esas pajas.

Yo había oído ponderar como una heroicidad, á personas de buen criterio, la torcida conducta de nuestros bagajeros de la guerra del año ocho, que acababan traidoramente con la mayor parte de los heridos franceses á quienes trasladaban de un pueblo á otro, y recuerdo todavía la fruición con que se narraban los sangrientos desquites y crueldades que la guerra de los siete años había promovido entre los dos bandos. Hijos y hermanos de las víctimas quedaban todavía para oírlo, y allá en el secreto de su corazón esperaban con ansia la hora de lo que ellos llamaban «hacerse la justicia». Una vez descubierto el objeto de sus odios, cuando menos éste lo esperaba, recibía una puñalada por la espalda, quedaba el hombre tendido en tierra y nunca podía la autoridad descubrir al matador. Si alguno había presenciado el crimen, callábalo; quien por miedo, quien por ser de los que abrigaban iguales intentos; otros, por una extraña aberración del sentido moral que les llevaba á compadecer al matador, calculando lo que habría éste sufrido antes, al perder á alguno de los suyos.

Era aquel, pues, un estado deplorable. Falta todavía la villa de alumbrado, la mitad del año no podíamos salir de noche sino linterna en mano, y más de una vez habíamos de retroceder aterrorizados, viendo á su claridad el bulto de un hombre apuñaleado, alpié de una esquina solitaria. Y á todo esto, dormíamos con las puertas abiertas, sin soñar en ladrones y pasábamos los veranos tranquilamente en nuestra casa de campo, rodeada de bosques lo suficientemente agrestes y desiertos para que, de cuando en cuando, bajase á visitarnos algún lobo. Recuerdo haber oído sus aullidos y visto las lucecitas fosfóricas de sus ojos titilar en la negrura de la noche, desde la rendija por donde lo atisbaba con mi madre, todo tembloroso y arrimado á sus faldas.

Pero, ni aun esta impresión, que la hora y

la imponente quietud de la naturaleza dormida debían hacer más penetrante, quedó en mi tan hondamente grabada, como la que voy á describir.

Nosotros habitábamos en el pueblo una casa antigua, muy grande; un verdadero caserón, que tenía en la parte trasera su huerto, lleno, por las noches, del misterio con que se envuelve la vegetación; sus bodegas grandiosas y de naves tan altas que les daban aspecto de iglesia; sus buhardillas y graneros, cementerio de recuerdos, donde iban á parar todos los trastos viejos, formando fantásticos montones; sus pasadizos largos y oscuros y una gran escalera de piedra, de la que el farol no alumbraba sino un pequeño trozo. No hay que decir si vería fantasmas en todos aquellos tenebrosos espacios mi imaginación de niño, ya bastante exaltada por fantásticas leyendas y horripilantes episodios de la misma villa.

Mi familia era numerosa, abundando en ella la gente joven, que con su buen humor, atraía cada noche numerosa tertulia. Solíamos cenar tarde y ya había yo echado mi sueñecito sobre la Aritmética ó el Fleury, cuando entraba en la sala de reunión, donde en plena visita me entregaba de nuevo al sueño, cómodamente arrellanado en una inmensa poltrona, almohadillada con tapicerías antiguas, que me preservaban del aire. Así es que cuando luego nos íbamos á cenar, bajaba yo la escalera abrazado á mi madre, más dispuesto á soñar que á otra cosa. Llegábamos al comedor del entre-suelo. Mis parientes, todavía animados por la conversación de los contertulios, sentábanse alegremente al rededor de la larga mesa y yo me acercaba á ella con tales estremecimientos de frío, que hasta sentía pereza de tocar aquella loza y aquellos cubiertos de penetrante brillo. Por fin, lanzábame á comer y entonces tragaba, tragaba, sin detenerme á probar nada, esperando la hora bendecida de marcharme á la cama, es decir, de subir bien acompañado aquella gran escalera y entrar en el espacioso piso, con promesa de que no me dejarían solo, mientras el Angel de la Guarda á quien me hacía mi madre encomendarme en tanto que me desnudaba, velase mi sueño. Sólo el pensamiento de despertarme abandonado en aquellas salas tan grandes y oscuras, me ponía la piel de gallina.

Es de advertir que si, como he dicho antes,



los de casa no se preocupaban de si la puerta de la calle quedaba ó no abierta, yo en cambio, la tenía todas las noches clavada en el pensamiento. Al salir al rellano del entresuelo, mis ojos resbalaban sin querer hasta el cancel, que columbraba allá abajo como boca de lobo, y mi medrosa imaginación traspasaba el espesor de la madera y figurábase ya en la calle, bien oscura, ó bien bañada por la azulada luz de la luna, con hombres tendidos en tierra, fantásticamente manchados de sombras; eso sí, por añadidura, no colocaba en las esquinas traidores embozados hasta los ojos en rústicas mantas de abrigo. Todo ello pasaba por mi fantasía como un espejo colocado á media luz. Yo temblaba, apretaba el paso y hacía á mi buena madre la pregunta de siempre.

—¿Está cerrada la puerta?

La interpelada repetía la pregunta con más serenidad, y del fondo de la gran sala que había quedado á nuestras espaldas, solía responder la voz gruesa y amodorrada del mozo:

—Vayan ustedes tranquilos, señora, vayan.

¡Nunca, nunca logré oír que dijese: «sí ó no»!

Una noche, pues, cenábamos, en aquella gran mesa, quizá con mayor animación que de costumbre, gracias á la compañía del juez, un buen amigo de la familia, joven, aficionado á trasnochar, que procuraba alargar todo lo posible la tertulia. Como era hombre de mundo, de mucho palique y muy alegre, placíanos á todos su conversación. Tan de vena estaba aquella noche, que hasta había logrado espavillarme á mí, que poco antes estaba dormido en la colosal poltrona. Por primera vez quizá, encontraba yo simpática la luz de aquella lámpara solar que iluminaba la mesa, aumentando la blancura de las servilletas y destrenzándose en tornasoles dentro del líquido de las copas.

Rato hacía que no cesaban de resonar en el comedor las risas del heredero de la casa—que presidía la mesa,—de mi madre, de mis tíos y de mis tías, jovencitas aún, cuando de pronto cortó la voz de todos un golpe seco del cancel golpeando con furia contra la pared de abajo.

Todos nos miramos sobresaltados, todos interrogamos la mampara. El pavimento dió una sacudida, la mampara se cerró con fuerza y saltó á mi lado un hombre desconocido, amarillo, aterrorizado, manchado de sangre.

—¡Señor, sálveme V.; acabo de matar á un hombre!—dijo con voz entrecortada, los ojos saltándosele de las órbitas y sin ver indudablemente á nadie más que al hermano mayor.

Un chillido desgarrador de las señoras siguió á su horrible declaración; los hombres todos botaron de la silla y yo, acometido de violento temblor, me refugié en los brazos de

mi madre, sin perder de vista aquel rostro desencajado, que no se me despintará jamás.

Era un hombre pequeñín, rechoncho, de facciones angulosas, de cara pelada, blanco como la cera, con una gran herida en la sien izquierda de la que brotaba un hilo de sangre que por encima de la oreja le resbalaba cuello abajo, hasta perderse en el velludo pecho, que dejaba entrever la abierta camisa. Llevaba también ensangrentadas las manos de santo de piedra polvoriento, y en su pobre vestido, la lucha había dejado evidentes señales de tierra, de sangre y de arañazos. No cubría su cabeza ni una mala gorra. Parecía que aquellos cabellos erizados habían de rechazarla. Pero lo que á mí principalmente me atemorizaba eran aquel hilo de sangre, aquella nariz abierta y remangada, aquellos ojos de gato acorralado, de expresión indefinible.

Un momento de vacilación no más encadenó á todos los hombres. El juez se había levantado también y pareció hacer el movimiento instintivo de agarrar al criminal. El más joven de mis tíos se interpuso á tiempo para evitarlo, y llegándose á él mi hermano mayor, tomó al desgraciado por la manga y desapareció con él, deteniendo á la autoridad con una mirada imponente, avasalladora.

Un minuto después volvía á estar entre nosotros, alegando con mirada conciliadora sus deberes de hospitalidad que ni al criminal sabía negar en momentos como aquel; y entendiéndolo el juez, le alargó y apretó fuertemente la mano, y se despidió en dos palabras.

«Quien había estado allí en aquella ocasión era el amigo; el juez no había visto nada; pero abajo había un muerto y el juez iba á instruir el sumario.»

Y sin acabar de cenar, sin saber nadie donde había escondido mi tío á aquel desventurado, asustados, mudos, desfilamos todos hacia los dormitorios para no pegar el ojo en toda la noche. Para mí ¡cuan larga y tenebrosa fué! Intentaba dormirme y entre el vacío de la obscuridad se me presentaba aquel rostro de cera, aquel hilo de sangre, aquellos ojos, aquellos ojos que me llenaban de miedo.

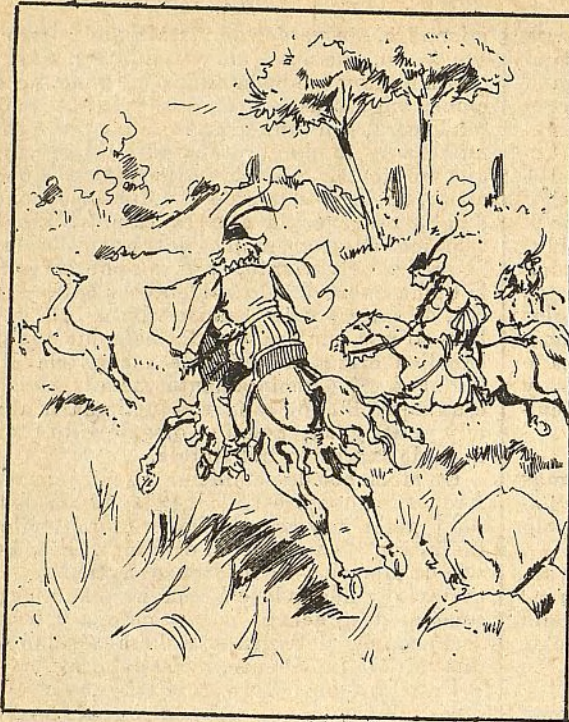
Ni al día siguiente, ni nunca, supe donde se escondió aquel hombre, ni el tribunal con todas sus pesquisas pudo dar con él.

Debió su salvación á la hospitalidad de casa y ni él me conoce ni yo sé más de él que lo que he contado. Su cara, no obstante, se me ha aparecido en sueños tantas veces, que os la podría dibujar, con la seguridad, empero, de que por bien que lo hiciera, nadie conocería al original. Tan horrible fisonomía no ha podido tenerla más que en aquella noche, y si no se la ha comido la muerte, ha debido de borrarla el arrepentimiento.

NARCISO OLLER.



LA SEMCÓMICA  
CARIDAD CRIANA, POR CILLA



Sucedió que por aquel tiempo los monteros del señor duque de N... levantaron un día un cervatillo;



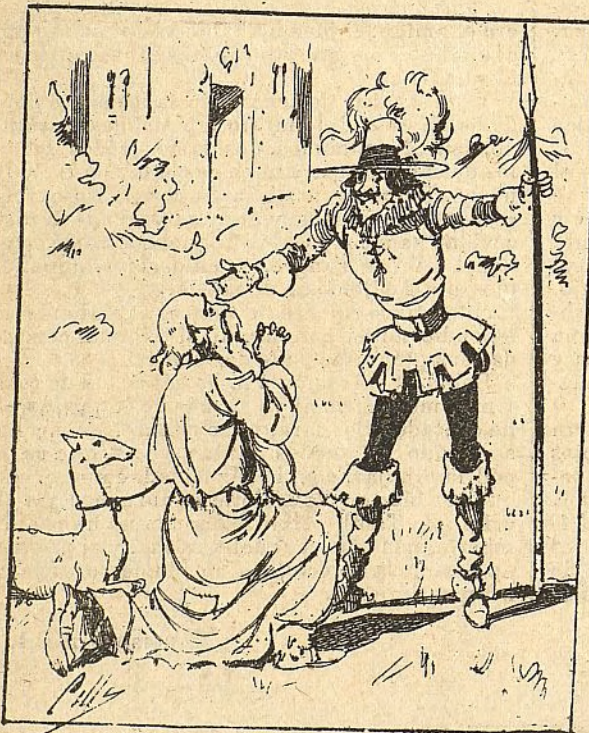
el cual, corriendo, corriendo, se refugió en la santa vivienda d venerable ermitaño.



—Hermanos, dijo este: ved que la caridad cristiana me manda protegerlo. Se ha acogido á sagrado y...  
—Nada podemos hacer por vos. Dirijíos al montero mayor.



—Señor montero: ¡compadeceos de su juventud, del sagrado asilo á que se ha acogido! Ved que la caridad cristiana...  
—Era para la cacería del Duque, mi señor. Y sin orden suya...



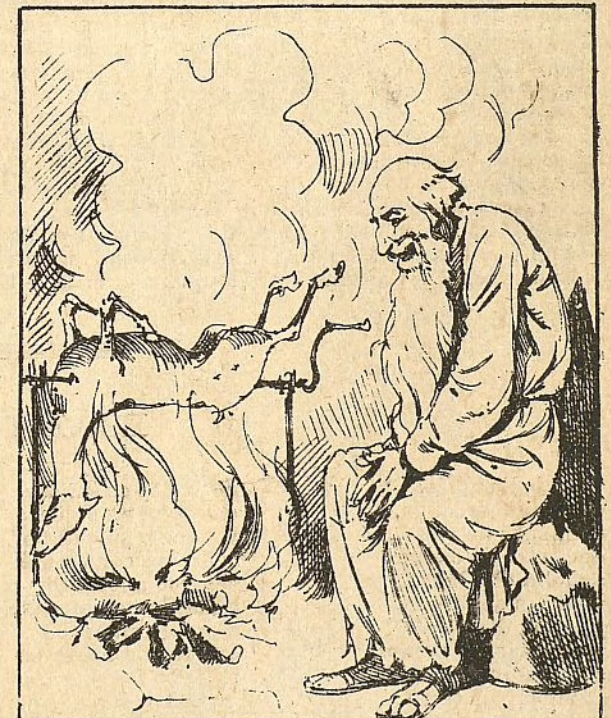
—¡Señor, Señor! Vos, tan magnánimo, tan bueno ¿no me concederéis la vida del inocente animalito? En nombre de la caridad cristiana...  
—Habíalo prometido á mi señora la Duquesa. Si ella consiente...



—¡Ved, señora, cuán grande es su espanto! ¡Considerad que tendrá una madre que á estas horas le andará buscando! La caridad cristiana...  
—Id, hermano, id. ¡Os lo concedo!



¡Por fin, parece que ha triunfado la caridad cristiana!



¡Y efectivamente!



## SONETOS

## QUERER ES PODER

*Quiero decirte, hermosa, que te quiero,  
porque es Dios el que quiere que te quiera;  
pero yo que te quiero, no quisiera  
que no quisieras tú mi amor sincero.*

*Tu querer es querer por el que muero,  
y ardiente es mi querer como una hoguera;  
quiereme si no quieres que me muera,  
y yo te querré más que al mundo entero.*

*Quererme cual te quiero, tan rendido,  
es lo que quiero yo que tu alma pida,  
sin que tú á otro querer prestes oído;  
y si es querer poder, prenda querida,  
yo puedo, porque quiero ser querido,  
y quiero que me quieras en seguida.*

JOSÉ ESTRANÍ.

## DEVOCIÓN

*El prior de un convento que veía  
que el padre fray Antonio del Carmelo,  
de rectitud y de humildad modelo,  
siempre al suelo la vista dirigía.*

*—Hermano—una mañana le decía,—  
yo me explico muy bien su santo anhelo;  
pero siempre mirar al bajo suelo,  
habrá tal vez quien juzgue hipocresía.*

*Procure, hermano, levantar la frente  
á esas regiones límpidas é ignotas  
donde mora el Señor omnipotente.*

*Y lágrimas vertiendo en gruesas gotas:  
—Sí—dijo el fraile,—pero francamente,  
¡me entusiasman los pies de las devotas!*

ALVARO GASTÓN.

## EL CASAMIENTO DEL SABIO

*Un hombre, sabio y soltero  
y harto ya de soltería,  
vió que al morir no tendría  
un legítimo heredero;  
nadie que perpetuara  
su buen nombre ni su gloria,  
nadie que eterna memoria  
de su existencia dejara.*

*No pudiendo resignarse  
á tan enorme pesar,  
comenzó el hombre á pensar,  
muy sabiamente, en casarse;  
y no de cualquier manera,  
que un hombre sabio y profun-  
do, como se casa un hortera.*

*Atento, pues, al buen fin  
de una obra tan colosal,  
consultó el hombre á Pascal,  
á Kant, Hegel y Darwin.*

*Pensólo, con gran cachaza,  
y dijo con mucha flema:*

*—«Veo en la boda el problema  
»de perfeccionar la raza.*

*»Soy sabio; si mi mujer*

*»es sabia, como yo soy,*

*»mis hijos, seguro estoy,*

*»serán sabios... sin querer.*

*»Y siguiendo esta campaña*

*»de cultivo, claro está,*

*»mi familia surtirá*

*»de sabios á toda España.»*

*Buscó aquel hombre de peso  
una sabia... en buen estado;  
pero, como Dios le ha dado  
á la mujer poco seso,  
tan pobre y tardo le nace  
que ya apenas es mujer,  
cuando comienza á tener  
lo que más falta le hace.*

*Y, á pesar de su insistencia,  
él sólo encontrar podía  
niñas sin sabiduría*

*ó sabias... sin descendencia.*

*Mas, ¡ay! el amor ingrato,  
que enturbia la vista clara,  
hizo que se enamorara  
de la hija de un mentecato.*

*Y el primer fruto de aquel  
matrimonio, salvo el pelo,  
era del materno abuelo  
un traslado exacto y fiel.*

*Así, con voz tribulada,  
decía el hombre en su hogar:  
—«Nadie se puede escapar  
de hacer alguna... burrada;  
que el hombre sabio y astuto  
suele engendrar el bergante,  
como la encina gigante  
da la bellota por fruto.»*

RAFAEL TORROMÉ.

## EGALITÉ.

*La bella Sofía,  
de rubios cabellos,  
de manos de nacar,  
de rostro de cielo;  
aquella que lanza  
miradas de fuego  
y luce á diario  
tres trages lo menos;  
aquella que tiene  
la moda por cetro  
y tiene por corte  
las nubes de incienso  
de cuatro docenas*

*de pollos anémicos,  
envuelta en su bata  
y echado su cuerpo  
sobre un confidente  
del rico aposento,  
aguarda con ansias  
al noble mancebo  
que fué de los Cides  
indigno heredero.*

*¡Febril impaciencia  
conmueve su pecho  
y lleva á los ojos  
el blanco pañuelo...*

*Rechina la puerta  
pasado un momento.  
Da un grito la joven,  
de dicha y deseo,  
y estrechan sus brazos  
amantes y trémulos  
primero un *smóking*,  
después unos huesos;  
y apaga las velas  
un soplo del viento,  
que alegre se lleva  
los sonos aquellos.*



Allá en la bohardilla,  
muy cerca del cielo,  
junto á una ventana  
con dos, ó tres tiestos,  
está la Gregoria  
diez horas cosiendo  
y á ratos cantando  
con voz de gilguero.  
¡Soberbia morena!  
Sus ojos son negros,  
su talle de palma,  
de nieve su seno.  
Es lástima grande  
que tenga los dedos  
picados de un modo  
que da pena verlos;  
¡pero es muy hermosa,  
gallardo su cuerpo!  
Si pisa las calles,

la siguen doscientos,  
y escucha á su paso  
diez mil chicoleos  
«¡Olé por las niñas!»  
«¡Que viva el salero!»  
La tarde se acaba  
y el sol se va hundiendo.  
Suspira Gregoria,  
que tarda el herrero...  
¡Por fin! Con la blusa  
manchada de negro,  
llevando en las sienes  
mechones de pelo,  
con faja encarnada  
y airoso pавero,  
avanza el muchacho  
por el aposento.  
La abraza con ansia,  
confunden sus besos,

y son los testigos  
de aquel devaneo,  
los blancos claveles  
que adornan los tiestos,  
ó las golondrinas  
que cruzan el cielo,  
llevando envidiosas  
tan grato recuerdo.

Ilustres tribunales  
que llenos de fuego  
igualdades santas  
pedís para el pueblo!  
Lo que tanta sangre  
costó á tanto reino...  
¡sólo las mujeres  
saben entenderlo!

José M.<sup>a</sup> DE LA TORRE.

## LIQUIDACIONES

**H**AY pocos caracteres que resistan á las temperaturas elevadas.

El calor influye poderosamente en los ánimos débiles—como dice un señor á quien yo trato aunque con temor, porque es una fiera de su propio natural.

—Los seres viriles—según el mencionado testimonio—son superiores á las variaciones termométricas, y lo mismo toman el sol en verano que se bañan en agua *frappée* en tiempo frío.

Cuando estornuda algún sujeto, contertulio de mi feróz amigo, éste refanfuña:

—¡Mamarracho! ¡Mujerzuela!—en lugar de «Dios le ayude», que es lo oficial.

Se ha proporcionado varios lances personales por esas groseras intemperancias.

Pero siempre continua tan terne hasta la muerte.

—Yo soy de hierro—dice él mismo—con un corazón que es un diamante, y un brazo de acero.

—Pues lleva usted un capital encima—observaba con cierta emulación un maestro de primeras materias, falso; es decir, de los que no pasan desde el año 1880, ó que no cobran desde aquella fecha.

Tengo un convecino que es la antítesis del amigo de hierro.

En cuanto marca el termómetro más de veintiocho grados, rompe á sudar y no cesa hasta el mes de Diciembre.

Empieza á descender la temperatura, y mi vecino se acuesta y ya no sale á luz hasta fines de Abril.

Así es que vive poco, en opinión de su consorte; la cual, respetando los gustos de su esposo, le deja en el lecho ó en el baño y vive en libertad ordenada, ó vista ordenar; porque su marido confía justamente y apenas se mete en las cosas de su señora.

Conozco á una mujer muy guapa, aunque

volátil y algo cubana, que en verano se liquida.

Duerme sobre la piel de su difunto, según testimonio de la doncella.

La señora es viuda de un hombre que parecía un oso gris bien acomodado.

Los vecinos nuevos que habitan en el piso inmediatamente inferior, se quejaron al casero de las filtraciones que notaban en el techo, que sudaba solo.

Pero el casero, informado de todo, respondió:

—¿Qué vamos á hacerle? Es la inquilina del segundo, que se cala. Buena persona y á la cual no puedo exigir que modifique su naturaleza.

En esas calles verán ustedes caballeros gordos que «se salen» en verano como algunos botijos; esto es, que se sudan y llevan la prueba de su abundante y fácil traspiración en la espalda de la cazadora.

Caballeros albardados, como algunos toros, salvo el símil.

—En cuanto empieza el verano, pierdo el apetito.

Este es achaque muy generalizado.

En cambio no faltan amantes que se casan en la canícula.

Allá se entenderán.

En verano los manjares delicados repugnan tal vez á los gastrónomos.

Miren ustedes, ó mejor, no miren ustedes á ciertos escaparates, en estos días de calor.

Las preciosas instalaciones de bacalao con patatas ó de bacalao en vascuence, de pájaros parleros, aunque fritos, de riñones vivos y de tasajos de carne para asar; los platos de pescado enterneado, y tantas otras golosinas, más rechazan que atraen á los parroquianos benévolos.

Enseñoreándose del escaparate, vagan las moscas del abono.

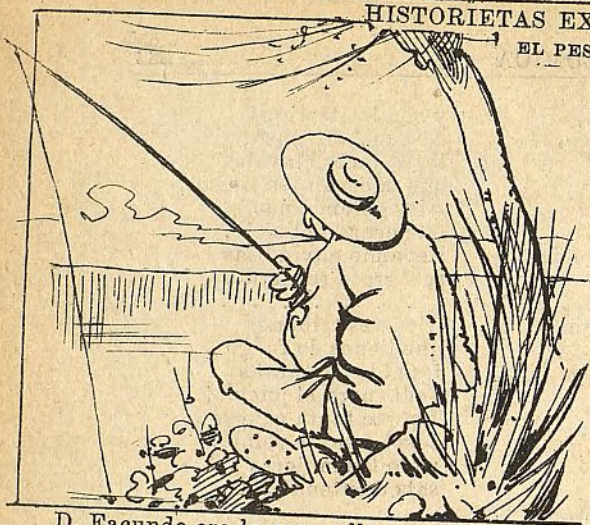
Nada respetan, todo lo atropellan.

Y en las altas horas de la noche, los mosquitos, esos violinistas naturales, ejecutan las mejores piezas de su repertorio en las alco-

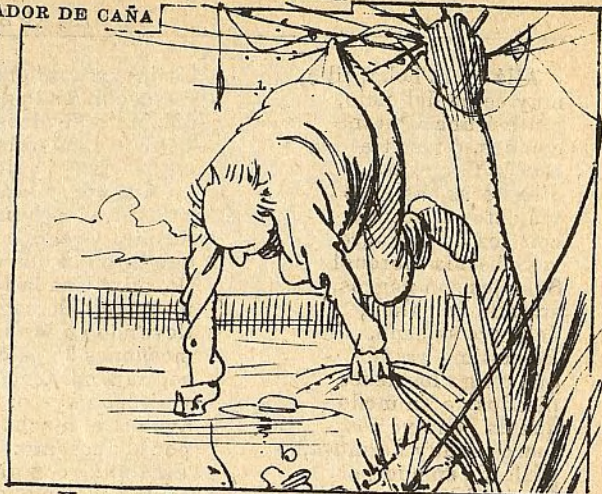


## HISTORIETAS EXTRAVAGANTES POR ESCALER

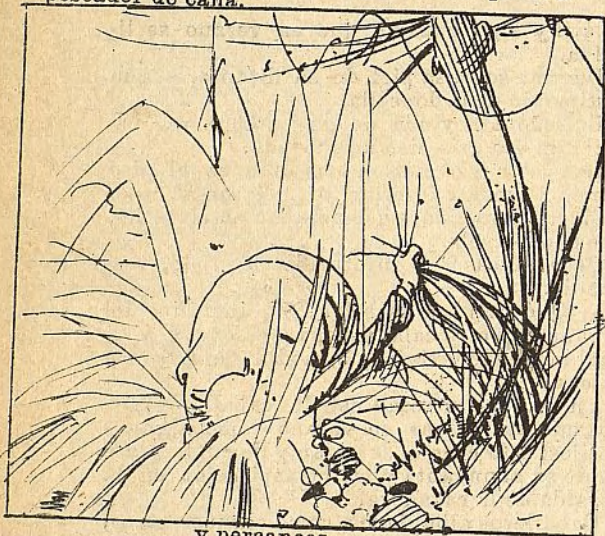
## EL PESCADOR DE CAÑA



D. Facundo era lo que se llama una máquina viviente, que empezando en un anzuelo remata en un tonto. Lo cual quiere decir que era pescador de caña.



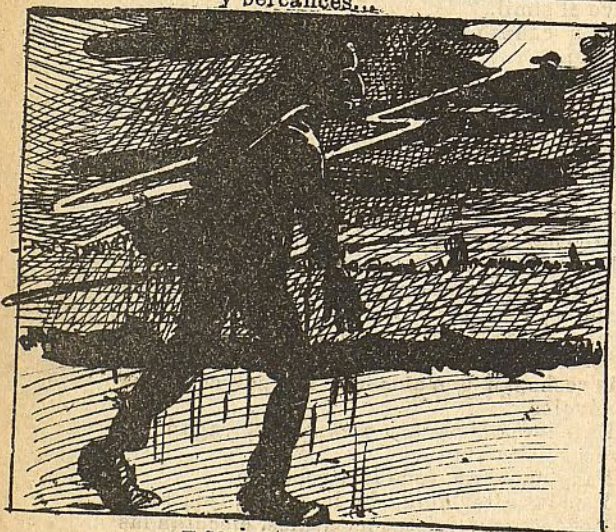
Y como cierto día, al sacar un pez, se le enredase el aparejo, convenciéndose D. Facundo de que la pesca no proporciona sino disgustos



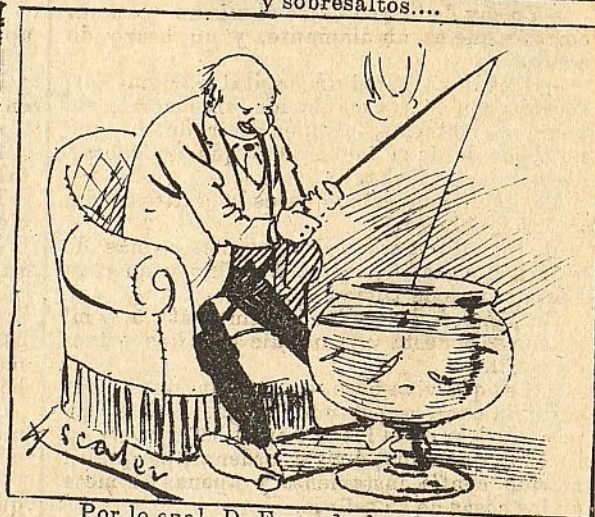
y percances...



y sobresaltos....



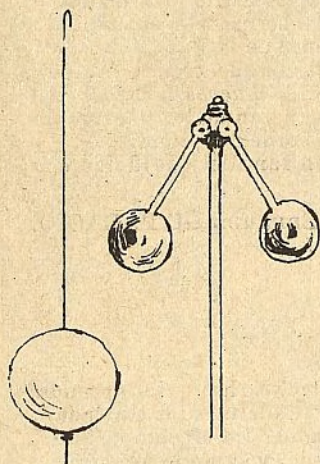
y serios contratiempos.



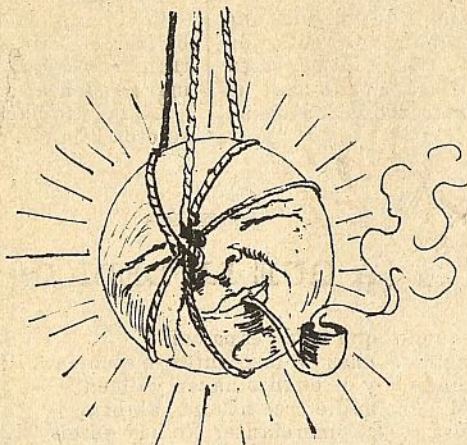
Por lo cual, D. Facundo ha decidido mejorar el sistema, recurriendo al que, según él, es el más comodo y seguro de los conocidos hasta la fecha.



SIGNOS MUSICALES, POR FIGUER.



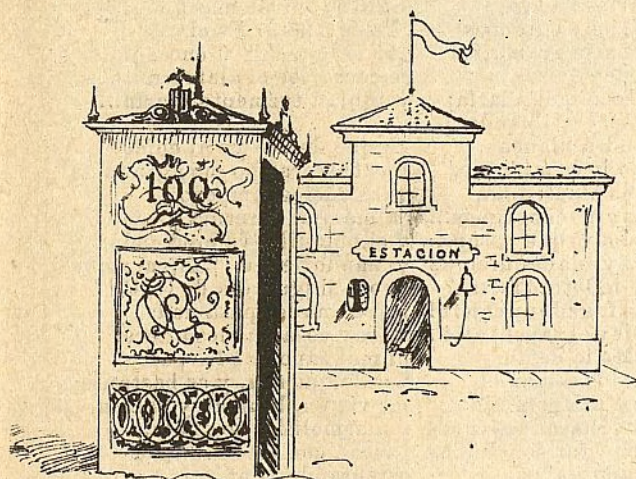
Reguladores.



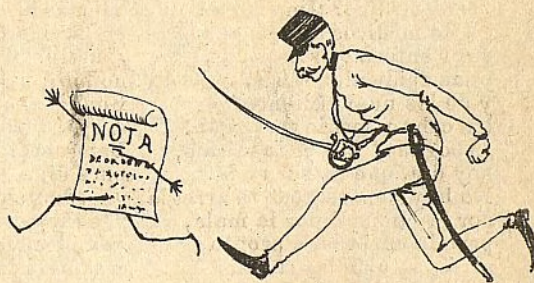
Un sol sostenido.



Un mordente.



Dos partes de espera.



Nota atacada.



Una negra.



Una redonda



Una blanca.



bas, amenizando los entre actos ó los entresueños de los pacíficos dormilones, ó adormecidos vecinos.

Y el sueño es más tenaz y más pesado en las noches de verano, que en las de invierno. Y las personas también.

Contemplando esos racimos de personas que «toman el fresco», aprovechando la reducción de precios, ó que dormitan tranquilamente en las aceras de algunas calles, se conmueve el hombre menos poético entre todos los de su clase.

Bien dicen que en verano todo vive.

Lo mismo el vecino usado que los insectos de nueva cosecha.

En Madrid hay varios sitios destinados á las gentes desacomodadas, para su comodidad. Por ejemplo: la fuente de la Puerta del Sol.

Como en esos ramilletes de confitería, embellecidos con flores de *huevos hilados*, los transeúntes que más gustan de los puertos de mar se sientan en el borde del pilón.

La fuente parece un ramillete de dulce con sujetos hilados.

EDUARDO DE PALACIO.

## ¿A QUÉ LE DEDICO?

Tengo un hijo muy pequeño  
¡Digosies pequeño! Aún mama.  
¡como que vino á este mundo  
hoy hace cuatro semanas!  
Pero desde el punto y hora  
que el comadrón lo echó en cama  
—¿Qué haremos de este angeli-  
me dijo mi esposa Juana; [to?  
pregunta que, hecha de pronto,  
me dejó perpleja el alma  
y me corroe el cerebro  
y me quema las entrañas.  
¿Será médico? ¡Imposible!  
¡Si de médicos hay plaga  
y los enfermos son pocos,  
y las epidemias raras,  
y de los nueve clientes  
los ocho y medio no pagan!  
¿Abogado? Eso es lo mismo,  
hoy día, que no ser nada.  
No hay pleitos: todo se arregla  
por la buena ó por la mala,  
pero la curia bien pronto  
será pasto de las ratas,  
pues hay quien por no armar  
deja al vecino su casa. [pleitos  
¿Militar? ¡Vaya unos líos!  
Hay oficial que se estanca  
y es teniente treinta años,  
ó lo destinan á Malta,  
ó le hacen que se subleve,  
y le cercenan la paga.  
¿Político? ¡Vade retro!  
Ese es oficio en España

que va de capa caída,  
pues ya las gentes se escaman,  
y de cuanto hacen y dicen  
nadie cree ni una palabra.  
¿Comerciante? No hay quien  
sino lechuga ó patatas [venda  
y eso, las mas de las veces,  
si quieren darlas fiadas.  
¿Escritor? Sí, pero entonces  
hay que enseñarle gramática,  
y van á tenerle envidia  
los que han debido olvidarla;  
además de que, escribiendo,  
en la vida tendrá blanca.  
¿Sastre? Si no lo es á plazos,  
no hará ni una americana,  
y que luego hay muchos tinos...  
después las modas que pasan...  
Banquero? Hay una de quiebras  
pues digo ¿y de letras falsas?  
¡Que hoy se ha fugado un cajero!  
¡Que hay crisis y el papel baja!  
¿Empleado? Me lo dejan  
cesante á las dos semanas.  
¿Arquitecto? Va á presidio;  
como que hoy se hacen las casas  
que al mes de estar concluidas  
ya es preciso apuntalarlas.  
¿Cómico? Se muere de hambre.  
Se estrellará si es gimnasta.  
¿Empresario? A sofocones  
en dos días me lo matan  
¿Boticario? ¡Ca! lo arruinan  
los Apóstoles del agua.

Maestro? No hay quien aprenda,  
Juez? Cada mes los trasladan.  
¿Jugador? Lo hizo imposible  
el conde, y si me le agarran...  
¿Ingeniero? Se desploma  
un túnel y lo *espatarra*.  
¿Telefonista? ¡Qué diantre!  
si allí no entran mas que faldas!  
¿Telegrafista? Es el caso  
que si una chispa endiablada  
se corre por el alambre...  
y aquí, á tormenta diaria...

¿A qué dedico yo al chico?  
Las carreras no me agradan,  
y los oficios tampoco  
calman mi paternal ansia,  
y el chiquillo va creciendo  
y cuando llegue... ¡Ah, caramba!  
Eso... si ¡guardia de O. P.!  
A esos no les pasa nada,  
ni hay cosa que les altere,  
ni mal rayo que les parta.  
Son lo que son, y es bastante;  
les visten, limpian y calzan,  
y marmolillos con hule,  
pasean con mucha calma  
ostentando el uniforme,  
fumando lo que se *atrappa*,  
bebiendo lo que se *ofrece*  
y comiendo lo que *caiga*.  
Ya tiene el chico carrera.  
Pero ¡qué carrera! ¡¡Guardia!!

CALIXTO NAVARRO.

## UN PRESBITERO MAS

(DIÁLOGO QUE PUDIERA SER HISTÓRICO.)

—Adiós, Juan.

—¡Hola, Raimundo!

—¡Cuánto tiempo sin hallarte!  
—¿No vas á ninguna parte?  
—No, chico, me aburre el mundo.  
—Hace ya un lustro cabal

que no te he visto.

—Es muy cierto.

—En fin, te he dado por muerto.  
—Pues, hombre, me has dado mal.  
—¿Y sigues tan calavera  
y tan dado al sexo bello?



—No, chico: de todo aquello ya ni me acuerdo siquiera.  
—¿Cómo es eso! ¿Te has casado?  
—Esa es tu postrer locura?  
—No tal: me voy á hacer cura, el día menos pensado.  
—¿Tú cura?

—¿Tanta extrañeza te causa?  
—Pero espantosa.

Verte presbítero, es cosa que no cabe en mi cabeza.  
¿Vas á decir misa tú después de ser lo que has sido?  
—Sí, Juan: al cabo he salido riñendo con Belcebú.  
—No te creo.

—No me creas; pero pronto lo verás.  
—¡Bonito cura serás, si no has cambiado de ideas! Tú, que los vicios empalmas, ¿padre de almas vas á ser? ¡Sólo puedes pretender que te llamen tío de almas! ¿Vas tú, tras de tanto exceso con la Rita y la Clemencia, á predicar la abstinencia de carne, con ó sin hueso? Dirás tú que hay sacerdotes que hacen mil atrocidades, y unos por sus liviandades, y otros porque son muy zotes,

desprestigian sin dolor á toda la clase entera.  
Es verdad. Así, cualquiera es ministro del Señor.  
Mas si te han de respetar en la calle y en el templo, tienes que dar un ejemplo que á tí te es difícil dar.  
En fin, chico, es necesario que toques otro registro.  
Tú no puedes ser ministro de Dios, ni aun subsecretario.  
—Pues aquí donde me ves, te juro por San Fermín, que de presbítero, al fin, me ordeno dentro de un mes.  
¿Por qué? La cosa es bien clara.  
¿No ves que mi padre amado, al verme desordenado, me dijo que me ordenara?  
Pues me ordeno sin tardar, con firme resolución de ser un santo varón y un sacerdote ejemplar.  
En el alma me arrepiento de haber sido un perdulario, y sólo el confesionario será mi entretenimiento.  
Mándame, pues, por favor, de tus amigas pudientes, unas cuantas penitentes... ¡y si son guapas, mejor!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

## CHIRIGOTAS



Ya compaginado el número y á punto de entrar en máquina, llega á la imprenta la revista de teatros.

No podemos, pues, hablar de los estrenos de la semana.

De los de Mario y Calvo hablo; que de los demás... peor es meneallo.

Consolémonos por hoy, y digamos lo que los mendigos cuando no logran sacar limosna.

«¡Otro día será, señorito!»

✱

Creían ustedes que no íbamos á hablar del «Bálsamo Fernoline» ¿eh?

Pues se engañaban ustedes.

Abro *El Liberal* y leo:

«Meissonier no padece actualmente de dolor reumático porque tomó el «Bálsamo Fernoline...»

No señor, y usted dispense. Meissonier no padece actualmente de dolor reumático... porque murió hace cinco meses.

¡Por eso no padece de dolor reumático Meissonier!

\*\*\*

Hace dos semanas resucitó el anunciante del «Bálsamo Fernoline», á Molke, que murió en Abril. Ahora resucita á Meissonier, que murió en Enero...

El mejor día encuentro en la prensa seria un suelto-reclamo que diga:

«La reina Cleopatra no padece ya de las muelas, gracias al «Bálsamo Fernoline.»

¡Dígoles á Vdes. que, más que medicamento, va pareciendo el «Bálsamo» ese una trompeta del juicio final!

✱

Por el actual rey de Grecia (que diz que se llama Jorge) han sido muy obsequiados los marinos españoles.

Allá un Jorge les obsequia y aquí—¡ingratitude enorme!—já éstas horas, todo el mundo tira de la oreja á Jorge!

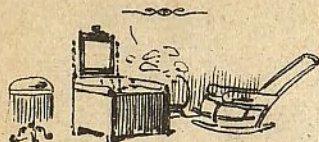
Imp. de Calzada, Arco Teatro, 9, pasaje.



# ANUNCIOS

LA SUECIA, (PELAYO 8)

## ó Una riña á grande orquesta



Era una noche lúgubre y misteriosa del mes de Diciembre.

De repente... Pero no adelantemos los sucesos.

Rujía el trueno. La lluvia descendía con furia sobre la tierra.

Qué hermosos son los muebles que se venden en *La Suecia*, de la calle de Pelayo, dijo hace tiempo Voltaire.

Que hermosa es la Naturaleza en noche de lluvia, decimos nosotros.

Porque nada, excepto las sillerías que salen de *La Amuebladora* (Verónica 2), es comparable á la majestad de una noche lluviosa.

Cuantas veces he cojido un constipado contemplando las bellezas de la lluvia.

Pero prosigamos.

Ya hemos dicho que era de noche. Que todo dormía.

¿Todo? No.

De repente interrumpió el universal silencio algo diabólico y estridente, lúgubre y satánico, algo así como el chirrido de una llave al dar vuelta en un cerradura.

Una puerta se abrió.

Por la puerta salió un embozado.

Luego otro. Y ninguno más.

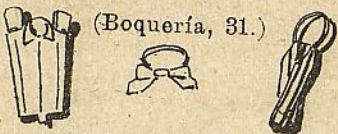
Dos embozados.

Oh, qué horrible es todo esto.

(Se continuará.)

DE POCO VIENE LO MUCHO

## ó LA NUEVA CORBATINERA



(Boquería, 31.)

—¡Anita! ¡Anita! gritaba Juan ya ronco y cegado por la emoción.

Porque él no podía dar crédito á lo que estaba viendo. ¡No; si no era posible! Si por fuerza debían engañarle sus ojos, aquellos ojos que la ira y el desengaño hacían saltos y desencajados en aquel momento.

¡Como! ¡Aquella prenda, aquella camisa, que junto con una magnífica docena de pañuelos de hilo de 6 reales uno, había comprado él seis años antes en LA NUEVA CORBATINERA, (Boquería, 31) aquella camisa empezaba á deshilacharse por la pechera! ¡Vamos! ¡Sino le caía en la cabeza! ¡Si no podía ser!

Y volvió á gritar, ya loco y desesperado.

—¡Anita! ¡Anita!...

—¿Qué quieres, hombre, qué quieres? dijo una joven que, presurosa y agitada, apareció en aquel momento en la puerta de la habitación.—¿Qué se te ofrece?

Pero Juan no dijo entonces una palabra.

Mudo y estático, con los asombrados ojos clavados en aquella mujer, que desde la puerta le contemplaba tranquilamente, pareció quedar anonadado, suspenso.

¿Qué era aquello? ¿Por qué á la ira ciega que momentos antes le dominaba, sucedía aquella admiración grada y profunda? ¿Qué era lo que así producía en él aquel éxtasis mudo é incomprensible?

(Se continuará.)

EL REY DE LOS MUEBLES

(Escudillers, 81)

## ó UNA PRETENSÓN FRUSTRADA



En la populosa y desierta ciudad de Chucutru reinaba un silencio atronador.

Había llovido, y las calles estaban mojadas.

Porque en la ciudad de Chucutru sucede que cuando llueve se mojan las calles.

De repente, el ruido de unos pasos turbó el silencio de la noche.

Aquellos pasos eran producidos por unos pies; aquellos pies pertenecían al cuerpo de un hombre.

Pero hemos dicho un hombre y hemos dicho mal. Era un embozado, que, arrimándose á las tapias de las casas, avanzaba sigilosamente hacia el centro de la ciudad.

Muy fuertes son las sillas que salen de *El Rey de los Muebles*; pero más fuerte todavía era el viento que reinaba aquella noche en Chucutru.

El embozado llegó hasta el pie del Palacio Real. Allí no avanzó ya, ni retrocedió. Esto es causa de que podamos asegurar que se detuvo.

Sacó el embozado entonces una guzla, y abriendo la boca (porque otra de las rarezas que suceden en Chucutru es que para hablar y cantar todos abren la boca) cantó:

«Eterno es mi amor, princesa

y si hay algo más eterno,

dímelo, que yo te juro

retirarme por el foro»

Una de las ventanas del Palacio se abrió entonces y una voz dulce, fresca y melodiosa, murmuró en el silencio de la noche:

(Se continuará.)

## UN SABLAZO BIEN DADO.



... porque, como dijo un filósofo eminente, vale más un buen consejo que un duro.



—Y Vd. está conforme con el filósofo?

—Conforme.

—Pues venga Vd.



—Ahí tiene Vd. un consejo inmejorable. ¡Venga el duro!



—No me negará usted que la reforma de Barcelona es beneficiosa para la población.

—Pero no me negará Vd. que más beneficiosa todavía es LA REFORMA... de la

Plaza de Santa Ana,

núm. 4 y Canuda, 28, donde hay unas camisas y unas corbatas que son cosa superior.



—Para americanas, las criollas.

—Dispense V. amigo; para americanas las que se hacen en EL LEON ESPAÑOL de la Rambla de Sta. Mónica, número 8.

—Pero ¿no cree usted en la otra vida, en la gloria?...

—Sí padre: creo. So-

sobre todo, desde que

he probado la Quina

Momo, que fabrica y

expende D. José To-

rres (Carretera de Ma-

taró, 104, San Martín de Provensals.) (Por

que aquello es gloria pura!



El procesado robó el reloj de noche, señores magistrados, y esta es una circunstancia agravante. Pero el reloj era del establecimiento AL REMONTOIR, de la calle del Hospital, 99, y esta es una circunstancia atenuante. ¡Porque conveganamos, señores magistrados, en que los relojes que allí se expenden son tentadores.



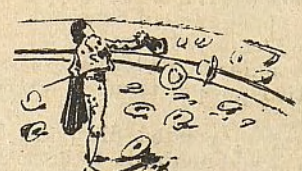
—¡Mire usted á doña Manuela, qué garbo tiene y que aquel...

—¡Se da un tono la tonuelal...

—¡Claro! ¡Como gasta tela

comprada en LA TORRE EIFFEL...

CARMEN, 42, esquina á la del Dou.



—Pero lo que más ha conmovido mi corazón, loque jaze que mi agradecimiento sea eterno ¡es que estos zómbros que me tiras son de LA ECONOMICA, de la calle de San Ramón, núm 25!

Muestrario: Kiosco de la Rambla, frente al Liceo.